

La administración de Nehemías

En algunas ocasiones, los devotos y hasta los beatos son buenos administradores, porque el espíritu de exactitud material, que es una guía orgánica en religión, resulta cualidad de gobernante. Según parece, fue Nehemías un buen prefecto de Judea, según las ideas que desde Ezequiel y los redactores levíticos representan el derecho constitucional de la nación. El crecimiento de Jerusalén asignaba dificultades especiales.

La nueva ciudad estaba encerrada en el mismo perímetro que la antigua, pero como la población era menor, había muchos huecos. Se edificaban pocas casas. El camino que emprendía Judá, gobernado exclusivamente por exaltados, era ya difícil. El impuesto debido a Persia resultaba pesado; multiplicábanse las prestaciones y requisas. Vivía en Jerusalén mucha gente sin medios para ello. Nehemías, para remediar estos defectos, dictó reglas singulares. Se consideró a Jerusalén ciudad aristocrática, donde solamente se podía vivir por privilegio. Los jefes del pueblo fueran laicos, sacerdotes o levitas, tenían allí domicilio de derecho; para los demás, se echaron suertes. No se admitió más que a un judío de cada diez en la ciudad santa; los demás fueron a los pueblos.

Nehemías ordenó hacer un censo, cuyo texto auténtico conservamos. Las tribus de Judá y Benjamín se distinguían aún, a pesar de estar mezcladas en cuanto a la residencia. Los sacerdotes seguían siendo los aristócratas de la ciudad. Los levitas, subordinados suyos jerárquicamente, y los porteros y empleados directos del templo, desempeñaban funciones que habían de enriquecerlos. Los *netinim* residían en Ofel. Mesezabel era comisario del rey para los asuntos del pueblo, sin que se sepa con exactitud cuál era su cargo.

Los grupos más notables de judíos y benjaminitas seguían viviendo en el campo, cada cual en su posesión. Las principales de aquellas localidades donde se había reanudado el judaísmo eran Hebrón, Dibón, Jegabseel, Jesua, Molada, Beth-Pelt, Hacer-Sual, Beerseba, etcétera. Muchas benjaminitas tenían una población tan numerosa como antes del destierro. En cien años, aquel pueblo había reconquistado sus antiguas fronteras. Los natalicios abundaban. Los huecos producidos por la guerra y la deportación se llenaban pronto.

Después de doce años de gobierno (433 antes de Jesucristo), y reinando Artajerjes, hizo un viaje Nehemías a la residencia del gobierno persa. Como era de temer, el partido liberal y tolerante aprovechó su ausencia. Tobiah, su adversario personal, fue muy bien recibido en Jerusalén por la mejor sociedad. El sumo sacerdote Eliasib le alojó en una de las habitaciones del templo, donde se depositaban las ofrendas y los diezmos. Muchas personas creían que Tobiah sería nombrado gobernador de Jerusalén, y se alegraban.

Por lo visto, estuvo poco Nehemías en la corte persa. Quizá comprendiera que le minaban el terreno durante su ausencia. Al llegar a Jerusalén se disgustó mucho. Ver a Tobiah viviendo en el templo le indignó. Mandó echar de allí todos los muebles de Tobiah y dispuso que se purificaran los aposentos que había habitado, y que se llevaran a ellos otra vez las ofrendas y los diezmos.

Se dio cuenta Nehemías de otros abusos introducidos durante su viaje. Los levitas no habían cobrado regularmente sus emolumentos, y tanto los levitas como los cantores destinados al servicio divino, al no tener con qué vivir, se habían retirado a sus tierras para cultivarlas. Nehemías reconvino ásperamente a los magistrados encargados de este servicio, llamó a los levitas y los instaló nuevamente en sus puestos. Organizó una comisión para la vigilancia de los almacenes, y para que hicieran los repartos entre sus hermanos.

El sábado se convertía en el precepto capital de la religión judía. En una visita de inspección vio Nehemías que mucha gente trabajaba en sábado y los amonestó enérgicamente. Con igual energía riñó a los tirios que vendían mercaderías aquellos días, y a los que las compraban. Para evitarlo, mandó ocupar el mercado al anochecer el día antes y cerrarlo hasta fines del día siguiente. Entre tanto los agentes colocados a las puertas de la ciudad, impedían que entraran caballerías cargadas y los comerciantes tenían que pasar la noche fuera. A partir de entonces se guardó rigurosamente el sábado.

No se nombra la circuncisión en las reformas de Nehemías, indudablemente porque todo judío, en el siglo V antes de J.C., era esencialmente un circunciso y esta mutilación quedaba reducida a una señal de alianza con Jehová impresa en la carne.

La pureza de la raza era el objetivo capital perseguido por esta gente celosa. A Nehemías le horrorizaban los matrimonios mixtos, prohibidos por el *Deuteronomio*, pero numerosos en Judea, a consecuencia de la emigración. Vio un día Nehemías a judíos casados con mujeres asoditas, amonitas y moabitas, tanto, que la mitad de sus hijos habían olvidado hablar el idioma judío. Los castigó, los maldijo y les conjuró en nombre de Dios para que cesaran tales matrimonios.

Un hijo del sumo sacerdote Eliasib, llamado Joiadah, que heredó de su padre el sumo sacerdocio, alcanzó el escándalo, casando a su hijo Manasés con una hija de Sanballat el honorita, llamada Nicaso. Nehemías le expulsó. Manasés representó, al parecer, un gran papel en la historia del cisma samaritano. El odio entre Nehemías y Eliasib crecía día a día.

Al sacerdote, preocupado tan sólo por los sacrificios, le importaba poco la lectura de la Thora; lectura que era, en cambio, el gran medio de acción de Nehemías. Un día, leyendo la ley, se vio que los amonitas y moabitas debían excluirse para siempre de la comunidad de Dios, porque habían negado el pan y el agua a los israelitas, y cuando se oyó esta ley, se practicaron las eliminaciones más severas.

Seguramente Nehemías murió muy anciano y alcanzó el reinado de Darío Notus. Fue un fanático consciente que combinaba sus planes con reflexión y voluntad. En sus últimos días escribió su autobiografía, y este curioso documento, uno de los más valiosos de la literatura hebrea, nos ha sido transmitido ligeramente alterado gracias al recopilador de las crónicas. Pocos escritos tienen sello tan personal, aunque haya fábulas en las anécdotas de la infancia. Nehemías no esperaba otra recompensa que la de Jehová, pero el juicio de los hombres le era indiferente. Tenía amor propio y hasta vanidad. Deseaba pasar por el ideal del *peha* perfecto. Los gobernadores de entonces vivían a costa de sus administrados. Nehemías renunció a ello: ni él ni su familia costaban nada al pueblo. Recuerda en su libro que sus antecesores explotaban a sus administrados, y que él procuró ahorrarles cualquier gasto.